

# EL RAMIRO

Periódico independiente de primera enseñanza, defensor de los intereses del Magisterio

|  |  |  |
|--|--|--|
| <p><b>Precios de suscripción</b></p> <p>Un año . . . . . 6 pesetas<br/>                 Un trimestre. . . . . 3 »<br/>                 Un semestre. . . . . 1 50 »<br/>                 Número suelto, 15 céntimos.</p> <p><b>PAGO ADELANTADO</b></p> <p>Anuncios á precios convencionales.<br/>                 Comunicados á 25 céntimos línea.</p> <p><b>NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES</b></p> | <p><b>Se publica todos los jueves</b></p> <p>LA CORRESPONDENCIA, AL EDITOR<br/>                 RAMIRO EL MONJE, NÚM. 35</p> <p>Las consultas se contestarán en la sección correspondiente</p> | <p><b>Puntos de suscripción</b></p> <p>Se suscribe en la librería de don Leandro Pérez, calle de Ramiro el Monje, núm. 35, y en las cabezas de los partidos, casas de los correspondientes del mismo.</p> <p>Los que no avisen el cese oportunamente, se considerarán como suscriptores.</p> |
|--|--|--|

## SUMARIO

**Sección doctrinal.**—El español, lengua internacional.—El tesoro.—Reino disuelto.—Para los niños: El tamborcillo sardo.  
**Aviso importante.**  
**Sección oficial.**—De la Junta de Instrucción pública.  
**Concurso.**—Junta Central de primera enseñanza.—Oposiciones.  
**Crónica general.**—Asamblea.—Almanaque del Maestro.—De oposiciones.  
**Crónica provincial.**—Pagos.  
**Correspondencia.**

## SECCIÓN DOCTRINAL

### El español, lengua internacional

En «L'Independente», de Trieste, hallamos el siguiente artículo interesantísimo:

«Lanzada y sostenida ha sido en la prensa yanqui la idea de que el español sea el idioma internacional, idea que debe interesarnos tanto como el principio de una nueva conquista espiritual del orbe.

La reflexión calculadora de los americanos del Norte ha estudiado atentamente el problema, y con argumentos científicos ha apoyado la extensión del español con carácter universal.

El proyecto es de alta importancia. Es un soplo de vida para el abatido espíritu público, es una reivindicación de la gloria histórica, es un bello homenaje á la literatura castellana y á la virilidad inextinguible de la grandeza ibérica.

El español es actualmente, por el número de naciones que lo hablan y por la extensión que abarca, el más internacional de los idiomas.

Además de la tierra madre España y de sus posesiones en Africa, hablanlo Méjico, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa

Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay, Cuba y Santo Domingo, todas naciones independientes. Háblase además en Filipinas, en Puerto Rico, en la parte alta de California y en algunos Estados limítrofes á Méjico en el Sur de los Estados Unidos.

La República Argentina por sí sola es más grande que toda la Europa occidental, y es un país fértil que crece en población con admirable rapidez.

Méjico es mayor que Austria Hungría, Alemania, Francia é Italia reunidas; Bolivia, Colombia, Perú y Venezuela son cada una de ellas mayor que cualquier país europeo, exceptuando Rusia. El pequeño Ecuador es mayor que Bélgica, Holanda, Dinamarca, Grecia y Portugal juntos.

Estas naciones de lengua española ocupan un territorio de un millón de millas cuadradas, ó sea más que toda Europa, incluyendo á Rusia. Su población total excede ya hoy de 80 millones de almas. Con la emigración y con el crecimiento natural se elevará en pocos años á 100 millones.

Considerado en sí mismo, el español reúne excelentes condiciones para ser la lengua internacional.

Fundado en el latín, su conocimiento facilitaría el de éste y los términos científicos serían fácilmente inteligibles.

No existen propiamente verdaderos dialectos de la lengua española. El mismo idioma es hablado y comprendido en todas partes.

Además es un idioma musical y nada difícil de aprender; las reglas gramaticales son pocas y, con escasas excepciones, muy sencillas. La ortografía es ideal; en la composición de las palabras no existen dobles consonantes.



La pronunciación no ofrece dificultad importante á los extranjeros, cualquiera que sea la nación á que pertenezca; puede dominarse más fácilmente que cualquiera otra lengua. Es muy rico y trabajado el español, con una histórica y espléndida literatura, tan sabida en España como en América. Por todos conceptos sería útil á la ciencia, al comercio y á la vida social.

Las rivalidades nacionales quedarían reducidas á un grado mínimo, ya que el número de naciones independientes que hablan dicho idioma es muchas veces mayor que el de las que hablan cualquier otro.

Con mayor motivo, pues, un idioma como el español podría servir para enlazar á las diversas nacionalidades obligadas por razones de Estado á colaborar colectivamente en el progreso humano.»

Por si la idea hallara eco, y puesto que entraña tanta transcendencia, debemos procurar los españoles conocer perfectamente nuestro idioma patrio, dedicando los Maestros atención preferente á la enseñanza de la Gramática y Ortografía, base de todo el edificio de la cultura general; y á este propósito, no basta únicamente la enseñanza metódica de la Gramática: hace falta que el niño llegue á conocer con perfección la construcción del lenguaje y el exacto significado de las palabras para poderlas aplicar con conocimiento de causa. Una labor convenientísima en los comienzos de la enseñanza del idioma patrio, es la frecuente lectura del Diccionario, en donde el alumno, repitiendo conceptos y significados, llega á familiarizarse con ellos y á saber aplicar las palabras dentro de las reglas fijadas por la Gramática, pero con matemática propiedad, acostumbándose insensiblemente, no solamente á hablar con propiedad, si que también con elegancia de estilo y verdadera corrección.

El Maestro puede dedicar un espacio de tiempo en sus clases á la explicación oral de palabras, enseñando á los discípulos su uso apropiado y la diversidad de aplicaciones y sinonimias en que es tan rico el lenguaje castellano. Esta labor constante, unida á la enseñanza gramatical y ortográfica, haría que los alumnos fueran acumulando en el archivo de su imaginación un número de palabras que les permitiría su exacto conocimiento aplicarlas en la conversación ó en la escritura, haciendo más elegante y correcto su idioma.

Es muy difícil construir ideas sin saber el significado de las palabras, y es frecuente en los niños el preguntar á sus padres ó Maestros qué quiere decir tal ó cual palabra. Por eso creemos de gran utilidad la lectura explicativa del Diccionario, pues debemos procurar á toda costa

que si andando el tiempo se llegara á declarar idioma universal el español, no se diera el caso de que los extranjeros pudieran conocer mejor nuestra lengua que los de casa.

Los Maestros, pues, tienen el secreto, con sus sabias enseñanzas de la Gramática y la Ortografía, tienden para el porvenir á extender el nombre de España y laboran en pro de la cultura universal.

## El tesoro

Érase un labrador dueño de una heredad, no tan grande que le hiciera rico, ni tan pequeña que, bien trabajada, no bastase para el mantenimiento de los suyos.

Andábase por los sesenta; con los años se le habían ido las fuerzas y con las fuerzas los dineros; que si aquéllas ya no le dejaban trabajar, eran éstos tan pocos que no le permitían estar ocioso.

Tres hijos tenía; pero más amigos eran de rondar mozas, armar jaranas y probar fortuna en el casino del pueblo, que de labrar la tierra y ganarse el pan con el sudor de sus frentes.

Harto ya el buen viejo de exhortarles un día y otro día, y cansado de reprimendas y castigos sin lograr que variasen de conducta ni hacerles entrar por el buen camino del trabajo, les llamó un día y les dijo:

—Hijos míos, se me acabaron ya los dineros que tenía. Mis pobres tierras, tan cansadas como yo, se han vuelto estériles y apenas si dan grano.

Llegó, pues, el momento de revelaros el secreto que de padres á hijos venimos guardando todos los de mi familia; que otro remedio no nos queda para vivir.

Habéis de saber que en la tierra que hasta hoy nos sustentó hay enterrado un gran tesoro; tan grande, que él sólo bastará para mantenernos á todos, y también á los hijos y los nietos que podáis tener.

—¿Y dónde y hacia qué parte está ese tesoro?— preguntaron á un tiempo los tres hijos haraganes.

—Eso es lo que á mí me hace falta saber. Pero por Dios y su Santa Madre os juro que en mis tierras lo escondió mi abuelo, cuando vinieron á España los franceses. Buscadlo vosotros y repartidlo como buenos hermanos, que yo nada quiero para mí.

No deis á brazos extraños el encargo, pues bien pudiera ser que se quedara el extraño con el santo y las limosnas y vosotros, hijos míos, sin blanca y sin pan que llevar á la boca.

Quedaron los tres hermanos muy contentos y al amanecer del otro día ya es aban, armados de azadones, abriendo las entrañas á la tierra que hasta entonces les había generosamente sustentado con sus frutos.

Sudaron aquel día sólo más que en todos los restantes de su vida. Llegó la noche, la cena les pareció más sabrosa y el lecho más blando.

Durmieron de un tirón desde las ocho, y á la hora del alba ya estaban otra vez buscando el tesoro.

Y así un día, otro y otro, sin hallarlo. Y cuando al llegar la noche el padre les preguntaba:



—¿Qué?... ¿Hoy tampoco?

Los tres respondían descorazonados:

—No, padre, no; tampoco.

—Pues no desmayéis, que por mis muertos os juro que el tesoro existe y que habéis de hallarlo.

Y volvían los tres á su trabajo cada vez con nuevos bríos y siéndoles cada día menos penosa la tarea.

Soñaban con el tesoro y aquella ilusión les hacía incansables; sus músculos hacíanse de hierro y sus manos endurecidas no sentían el escozor del azadón que al principio les levantara ampollas.

Pasaron así dos meses y, ya toda la tierra de la heredad removida, hubieron de cesar en su trabajo.

—Aquí no hay tesoro ni cosa que lo valga—dijéronle al padre.

—¿Ya está toda la tierra removida?

—Ni un palmo queda en que no haya penetrado nuestra azada.

—Pues dejadlo, hijos, y que Dios nos bendiga á todos. Sin duda me engañó mi abuelo.

Al día siguiente se aburrían los tres hermanos en el casino, la atmósfera se les hacía allí irrespirable y el día les pareció muy largo. No volvieron más.

Llegó el verano, y una mañana los llamó su padre al amanecer y los llevó á sus tierras.

El barbecho estéril era un campo de altas y apretadas espigas. Al salir el sol brillaron como el oro y la brisa de la mañana los balanceaba dulcemente.

—Hijos míos, ni mi abuelo engañó á mi padre, ni mi padre á mí, ni yo á vosotros; era cierto lo del tesoro y ahí lo tenéis. Al buscarlo habéis removido la cansada tierra; mirad el fruto de vuestro trabajo... ¿Qué más tesoro? ¿Por qué buscar en lo extraordinario y lo escondido lo que está al alcance de la mano y á la vista de todo el mundo?

Desde entonces no hubo en el lugar mozos más trabajadores y laboriosos que aquellos tres hermanos. Jamás les faltó el pan y ya no volvieron á pensar en escondidos tesoros.

De un periódico de América tomamos la siguiente composición, que con gusto ofrecemos á nuestros abonados:

## Reino disuelto

En un país, cuyo nombre

sé que era Idioma, reinaba

Su Majestad Diccionario,

con su esposa y secretaria,

ilustre y culta como él,

Su Majestad la Gramática.

—Como en todas las naciones,

en Idioma, se encontraban

diferentes individuos

y muy diferentes castas.—

Para la administración

de aquel país, ayudaban

al rey cuatro ministerios,

presididos por Gramática,

y que eran: Analogía,

Sintaxis, Prosodia, y vaya

al final, Ortografía,

cual los designó el monarca.

Estos cuatro ministerios

con reparticiones vastas

jamás con Sus Majestades

en opinión discrepaban;

sometiéndose á su arbitrio y á cuanto ellos les dictaran.

En el de la Analogía

diez comisiones censaban

y daban nombre y oficio

á vasallos y vasallas

que eran—según se me ha dicho—

todas aquellas palabras

que en el Idioma nacieran

mientras reinara Gramática

conforme al sexo, aptitudes

y carácter que mostraran.

Dichas comisiones eran,

según van enumeradas:

Artículo, Substantivo

y Adjetivo, que muy rara

vez aparecían solos.

Siempre uno á otro se buscaban.

Pronombre, Verbo y Adverbio,

Participio, y agregadas

Preposición, Conjunción

á esta cohorte ilustrada,

con la activa Interjección

el número completaban.

Por cierto que cada una

de estas comisiones daba

lugar á muchos empleos

y á tareas muy variadas,

que, sin embargo, é conciencia

cada cual desempeñaba

trabajando de tal suerte,

que, términos ó palabras,

cumplían con su deber

si á cada uno se le daba

el lugar correspondiente

y obligación adecuada.

Expliquemos: el Artículo

casi siempre acompañaba

—indicando sexo y número—

al Nombre, que es la palabra

que expresa persona ó cosa,

materia, idea ó substancia,

y, en fin, todo lo que pueda

tener forma, efecto ó causa.

El Adjetivo era quien

al Nombre calificaba

dando idea de color,

clase, condición y laya.

El Pronombre substituía

al Nombre, si éste se hallaba

cerca de aquél, pues así

repeticiones salvaba.

El Verbo, una acción ó estado

con sus tiempos indicaba

presente, pasado, etc.

O bien: hoy, ayer, mañana.

El Adverbio, al Sustantivo,

Adjetivo y Verbo, aclara

cierta modificación

que hace su expresión más amplia,

y aun, uniéndose á otro Adverbio,

en él, ese efecto causa;

luego la Preposición,

que entre dos ó más palabras

denota la relación

que existe y que las enlaza,

la Conjunción, que tan presto

reúne como separa

(copulativa es la que une,

disyuntiva es la que aparta)



y la *Interjección*, ya enérgica,  
triste, alegre, absorta, airada  
que los estados del ánimo  
expresan bien á las claras.  
Ahora bien, mientras que fueron  
las referidas, sensatas,  
y su estricta obligación  
dieron á cada palabra,  
cumpliendo de esta manera  
la imposición de Gramática,  
las cosas marcharon bien  
y el Idioma prosperaba;  
mas se introdujo el desorden  
por culpa de la Ignorancia;  
los habitantes de Idioma,  
mejor dicho, las palabras  
salieron sin ton ni son  
confusamente mezcladas  
disfrazados los conceptos,  
las frases tergiversadas,  
y perdiendo su prestigio  
no significando nada  
Idioma dejó de serlo,  
Diccionario rindió su alma,  
es decir, que murió el pobre,  
al ver que ya no hizo falta,  
y al contemplar la anarquía  
en su reino y en su casa,  
física murió, de pena,  
Su Majestad la Gramática  
todo, por motivo y culpa  
de la maldita Ignorancia!...  
¡Mal haya, la mala pécora  
torpe y dañina, mal haya!

No sé si es verdad ó cuento  
esta historia, mas no es rara.  
Bien sabido es que no hay males  
de que no pueda ser causa  
aunque sin ruin intención  
la torpe y ciega Ignorancia.  
Como verdad y muy grande  
mi abuela esto me enseñaba.  
Mas verdad ó no, aquí llego  
á donde mi cuento acaba,  
diciendo que en él se encierra  
un compendio de Gramática.

PEPE Y. FERNAN.

#### PARA LOS NIÑOS

### El tamborcillo sardo

En la primera jornada de la batalla de Custoza, el 24 de Julio de 1848, sesenta números de un regimiento de infantería de nuestro ejército, enviados á una altura para ocupar cierta casa solitaria, se vieron de repente asaltados por dos compañías de soldados austriacos que, atacándoles por varios lados, apenas les dieron tiempo de refugiarse en la morada y reforzar precipitadamente la puerta, después de haber dejado algunos muertos y heridos en el campo. Asegurada la puerta, los nuestros acudieron á las ventanas del piso bajo y del primer piso y empezaron á hacer certero fuego sobre los sitiadores, los cua-

les, acercándose poco á poco, colocados en forma de semicírculo, respondían vigorosamente. Mandaban los sesenta soldados italianos dos oficiales subalternos y un capitán viejo, alto, seco, severo, con el pelo y el bigote blanco; estaba con ellos un tamborcillo sardo, muchacho de poco más de catorce años, que representaba escasamente doce, de cara morena aceitunada, con ojos negros y hundidos, que echaban chispas. El capitán, desde una habitación del piso primero, dirigía la defensa, dando órdenes que parecían pistoletazos, sin que se viera en su cara de hierro ningún signo de conmoción. El tamborcillo, un poco pálido, pero firme sobre sus piernas, subido sobre una mesa, alargaba el cuello, agarrándose á las paredes para mirar fuera de las ventanas, y veía á través del humo, por los campos, las blancas divisas de los austriacos, que iban avanzando lentamente. La casa estaba situada en lo alto de escabrosísima pendiente, y no tenía en la parte de la cuesta más que una ventanilla alta, correspondiente á un cuarto del último piso; por eso los austriacos no amenazaban la casa por aquella parte, y en la cuesta no había nadie: el fuego se hacía contra la fachada y los dos flancos.

Pero era un fuego infernal, una nutrida granizada de balas, que por la parte de afuera rompía paredes y despedazaba tejas, y por dentro deshacía techumbres, muebles, puertas, arruinándolo todo, arrojando al aire astillas, nubes de yeso y fragmentos de trastos, de útiles, de cristales, silbando, rebotando, rompiéndolo todo con un fragor que ponía los pelos de punta. De vez en cuando, uno de los soldados que tiraban desde las ventanas caía dentro, al suelo, y era echado á un lado. Algunos iban vacilantes de cuarto en cuarto, apretándose la herida con las manos. En la cocina había ya un muerto con la frente abierta. El cerco de los enemigos se estrechaba. Llegó un momento en que se vió al capitán, hasta entonces impassible, dar muestra de inquietud y salir precipitadamente del cuarto seguido de un sargento. Al cabo de tres minutos volvió á la carrera el sargento y llamó al tamborcillo, haciéndole seña de que le siguiese. El muchacho le siguió, subiendo á escape por una escalera de madera, y entró con él en una buhardilla desmantelada, donde vió al capitán que escribía con lápiz en una hoja, apoyándose en la ventanilla, y teniendo á sus pies sobre el suelo una cuerda de pozo.

El capitán dobló la hoja y dijo bruscamente, clavando sobre el muchacho sus pupilas grises y frías, ante las cuales todos los soldados temblaban:—¡Tambor!

El tamborcillo se llevó la mano á la visera.  
El capitán dijo:—Tú tienes valor.



Los ojos del muchacho relampaguearon.

—Sí, mi capitán—respondió.

—Mira allá abajo—dijo el capitán llevándole á la ventana—en el suelo, junto á la casa de Villafranca, donde brillan aquellas vayonetas. Allí están los nuestros inmóviles. Toma este papel, agárrate á la cuerda, baja por la ventanilla, atraviesa á escape la cuesta, corre por los campos, llega á donde están los nuestros, y da el papel al primer oficial que veas. Quítate el cinturón y la mochila.

El tambor se quitó el cinturón y la mochila, y se colocó el papel en el bolsillo del pecho; el sargento echó afuera la cuerda y agarró con las dos manos uno de los extremos: el capitán ayudó al muchacho á saltar por la ventana, vuelto de espaldas al campo.

—Ten cuidado—le dijo;—la salvación del destacamento está en tu valor y en tus piernas.

—Conte usted en mí, mi capitán—dijo el tambor saliéndose fuera.

—Agáchate al bajar—dijo aún el capitán, agarrando la cuerda á la vez que el sargento.

—No tenga usted cuidado.

—Dios te ayude.

A los pocos momentos el tamborcillo estaba en el suelo; el sargento tiró de la cuerda para arriba, y desapareció; el capitán se asomó precipitadamente á la ventanilla, y vió al muchacho que corría por la cuesta abajo.

Esperaba ya que hubiese conseguido huir sin ser observado, cuando cinco ó seis nubecillas de polvo que se destacaron del suelo, delante y detrás del muchacho, le advirtieron que había sido descubierto por los austriacos, los cuales tiraban hacia abajo, desde lo alto de la cuesta. Aquellas pequeñas nubes eran tierra echada al aire por las balas. Pero el tambor seguía corriendo precipitadamente. Al cabo de un rato, exclamó consternado:—¡Muerto!—Pero no había acabado de decir la palabra, cuando vió levantarse al tamboreillo.—¡Ah, no ha sido más que una caída! dijo para sí, y respiró.—El tambor, en efecto, volvió á correr con todas sus fuerzas; pero cojeaba.—Se ha torcido un pie—pensó el capitán.—Alguna nubecilla de polvo se levantaba aquí y allá, en torno del muchacho; pero siempre más lejos. Estaba salvo. El capitán lanzó una exclamación de triunfo. Pero siguió acompañándolo con los ojos—temblando—porque era cuestión de minutos. Si no llegaba pronto abajo con la esquila en que pedía inmediato socorro, todos sus soldados caían muertos, ó tenía que rendirse y caer prisionero con ellos. El muchacho corría rápidamente un rato; después detenía el paso cojeando, tomaba carrera luego de nuevo, pero á cada instante necesitaba detenerse.—Quizá ha sido una contusión en el pie por una

bala, pensó el capitán. Y reparaba temblando todos sus movimientos; y excitado, le hablaba como si pudiese oirlo. Medía incesantemente con la vista el espacio que mediaba entre el muchacho que corría y el círculo de armas que veía allá lejos, en la llanura, en medio de los campos de trigo, dorados por el sol. Entretanto oía el silbido y el estruendo de las balas en las habitaciones de abajo, las voces de mando y los gritos de rabia de los oficiales y sargentos; los agudos lamentos de los heridos, y el ruido de los muebles que se rompían y del yeso que se desmoronaba.—¡Animo! ¡Valor! gritaba—siguiendo con la mirada al tamborcillo que se alejaba. ¡Adelante! ¡Corre! ¡Se para!... ¡Maldición! ¡Ah, vuelve á emprender la marcha!—Un oficial sube anhelante á decirle que los enemigos, sin interrumpir el fuego, ondean un pañuelo blanco para intimar la rendición.—¡Que no se responda!—gritó el capitán—sin apartar la mirada del muchacho, que estaba ya en la llanura, pero que no corría ya, y parecía que desalentaba al llegar.—¡Andal... ¡Corre!...—decía el capitán apretando los dientes y los puños:—desángrate, muere, desgraciado, pero llega.—Después lanzó una imprecación horrible.—¡Ah! El infame holgazán se ha sentado.—El muchacho, en efecto, que hasta entonces se le había visto sobresalir la cabeza por cima de un campo de trigo, se había perdido de vista, como si hubiese caído. Pero al cabo de un momento, su cabeza volvió á verse fuera: al fin se perdió detrás de los sembrados, y el capitán ya no lo vió más.

Entonces bajó impetuosamente; las balas llovían; los cuartos estaban llenos de heridos, algunos de los cuales daban vueltas como borrachos, agarrándose á los muebles; las paredes y el suelo estaban teñidos de sangre; los cadáveres yacían en los umbrales de las puertas; el teniente tenía el brazo derecho destrozado por una bala; el humo y la pólvora lo envolvían todo.

—¡Animo!—gritó el capitán.—¡Firmes en sus puestos! ¡Van á venir socorros! ¡Un poco de valor aún! Los austriacos se habían acercado más; se veían ya entre el humo sus caras descompuestas; se oía, entre el estrépito de los tiros, su gritería salvaje, que insultaba, intimaba la rendición y amenazaba con el degüello. Algún soldado, aterrorizado, se retiraba detrás de las ventanas, y los sargentos lo empujaban hacia adelante.

Pero el fuego de los sitiados aflojaba, el desaliento se veía en todos los rostros; no era ya posible llevar más allá la resistencia. Llegó un momento en que el ataque de los austriacos se hizo más sensible, y una voz de trueno gritó, primero en alemán, en italiano después:



—¡Rendíos!—¡No! gritó el capitán desde una ventana.—Y el fuego volvió á empezar más certero y más rabioso por todas partes. Cayeron otros soldados. Ya había más de una ventana sin defensores. El momento fatal era inminente.

El capitán gritaba con voz que se le ahogaba en la garganta.—¡No vienen! ¡No vienen! Y corría furioso de un lado á otro, arqueando el sable con su mano convulsa, resuelto á morir. Entonces un sargento, bajando de la buhardilla, gritó con voz estentórea:—Ya llegan!—¡Ya llegan!—repitió con un grito de alegría el capitán.—Al oír aquellos gritos, todos, sanos, heridos, sargentos, oficiales, se asomaron á las ventanas, y la resistencia se redobló ferozmente otra vez. De allí á pocos instantes se notó una especie de vacilación y un principio de desorden entre los euemigos. De pronto, muy de prisa, el capitán reunió algunos soldados en el piso bajo para contener el ímpetu de fuera, con bayoneta calada. Después volvió arriba. Apenas llegó, oyó un rumor de pasos precipitados, acompañado de un *¡hurra!* formidable, y vieron desde las ventanas avanzar entre el humo los sombreros apuntados de los carabineros italianos, un escuadrón á escape tendido, y un brillante centelleo de espadas que hendían el aire, en molinete por cima de las cabezas, sobre los hombros y encima de las espaldas; entonces el pequeño piquete reunido por el capitán salió á bayoneta calada fuera de la puerta. Los enemigos vacilaron—se revolvieron—y al fin emprendieron la retirada: el terreno quedó desocupado, la casa estuvo libre, poco después dos batallones de infantería italianos y dos cañones ocuparon la altura.

El capitán, con los soldados que le quedaron, se incorporó á su regimiento, peleó aún, y fué ligeramente herido en la mano izquierda de una bala rebotada en el último ataque á la bayoneta. La jornada acabó con la victoria de los nuestros.

Pero al día siguiente, habiendo vuelto á combatir, los italianos fueron vencidos á pesar de su valerosa resistencia, por mayor número de austriacos, y la mañana del 26 tuvieron tristemente que retirarse hacia el Mincio.

El capitán, aunque herido, anduvo á pie con sus soldados, cansados y silenciosos, y llegaban al ponerse el sol á Goito, sobre el Mincio; buscó en seguida á su teniente, que habría sido recogido con el brazo roto por nuestra *ambulancia*, y debía haber llegado allí antes que él. Le indicaron una iglesia donde se había instalado precipitadamente el hospital de campaña. Se fué allí; la iglesia estaba llena de heridos colocados en dos filas de camas y de colchones extendidos sobre el suelo; dos médicos y varios practicantes iban y venían afanados, y oíanse gritos ahogados y gemidos.

Apenas entró el capitán, se detuvo y dirigió una mirada á su alrededor en busca de su oficial.

En aquel momento se oyó llamar por una voz apagada muy próxima:—¡Mi capitán!

Se volvió: era el tamborcillo.

Estaba tendido sobre un catre de madera, cubierto hasta el pecho por una tosca cortina de ventana de cuadros rosa y blancos, con los brazos fuera, pálido y demacrado, pero siempre con sus ojos brillantes como dos ascuas.

—¡Cómo! ¿eres tú?—le preguntó el capitán admirado, pero bruscamente.—Bravo; has cumplido con tu deber.

—He hecho lo posible—respondió el tambor.

—¿Estás herido?—dijo el capitán, buscando con la vista á su teniente en las camas próximas.

—¡Qué quiere usted—dijo el muchacho, á quien daba alientos para hablar la honra de estar herido por vez primera, sin lo cual no hubiera osado abrir la boca ante aquel capitán—corrí mucho con la cabeza baja; pero aunque agachándome, me vieron en seguida. Hubiera llegado veinte minutos antes si no me alcanzan. Afortunadamente encontré pronto á un capitán de Estado Mayor, á quien dí la esquila. Pero me costó gran trabajo bajar, después de aquella caricia. Me moría de sed; temía no llegar ya; lloraba de rabia, pensando que cada minuto que tardaba se iba uno al otro mundo allá arriba. Pero, en fin, he hecho lo que he podido. Estoy contento. ¡Pero mire usted—y dispense, mi capitán—que pierde usted sangre!

En efecto: de la palma de la mano, mal vendada, del capitán, corría alguna gota de sangre.

—¿Quiere usted que le apriete la venda, mi capitán? Deme un momento.

El capitán dió la mano izquierda, y alargó la derecha para ayudar al muchacho á hacer el nudo y atarlo; pero el chico apenas se alzó de la almohada palideció, y tuvo que volver á apoyar la cabeza.

—¡Basta, basta!—dijo el capitán mirándolo y retirando la mano vendada que el tambor quería retener—cuida de lo tuyo en vez de pensar en los demás, que las cosas ligeras, descuidándolas, pueden hacerse graves.

El tamborcillo movió la cabeza.

—Pero tú—le dijo el capitán—mirándolo atentamente, debes haber perdido mucha sangre para estar tan débil.

—¿Perdido mucha sangre?—respondió el muchacho sonriendo.—Algo más que sangre. ¡Mire! Y se echó abajo la colcha.

El capitán se echó atrás horrorizado.

El muchacho no tenía más que una pierna; la pierna izquierda se la habían amputado por cima



de la rodilla: el muñón estaba vendado con paños ensangrentados.

En aquel momento pasó un médico militar, pequeño y gordo, en mangas de camisa.

—¡Ah, mi capitán!—dijo rápidamente señalando al tamborcillo—he aquí un caso desgraciado: esa pierna se habría salvado con nada, si él no la hubiese forzado de aquella mala manera: ¡maldita inflamación! fué necesario cortar así. Pero es un valiente, se lo aseguro; no ha derramado una lágrima, ni se le ha oído un grito. Estaba yo orgulloso, al operarlo, de que fuese un muchacho italiano: palabra de honor. Es de buena raza, á fe mía.

Y siguió su camino.

El capitán arrugó sus grandes cejas blancas, y miró fijamente al tamborcillo, subiéndole la colcha; después, lentamente, casi sin darse cuenta de ello, y mirándole siempre, levantó la mano hasta la cabeza y se quitó el kepis.

—¡Mi capitán!—exclamó el muchacho admirado.—¿Qué hace mi capitán? ¡Por mí!

Y entonces aquel tosco soldado, que no había dicho nunca una palabra suave á un inferior suyo, respondió con voz dulce y extremadamente cariñosa:—Yo no soy más que un capitán: tú eres un héroe.

Después se arrojó con los brazos abiertos sobre el tamborcillo, y le besó cariñosamente con todo su corazón.

EDMUNDO DE AMICIS.

## Aviso importante

En cumplimiento de lo que previene la regla 12 de la Real orden de 3 del actual (*Gaceta* del 5 y publicada en nuestro número 11), la Secretaría devuelve á los interesados la hoja de servicios para que ajusten los que tienen prestados en propiedad á la fecha en que les fué expedido el título profesional, computando los servicios anteriormente como si fueran interinos.

Se concede para esta reforma un plazo de ocho días, á partir de la fecha de la comunicación, que recibirán de Secretaría aquellos Maestros que se encuentren en dicho caso.

✱

||

### SECCIÓN OFICIAL

✱

✱

||

✱

#### De la Junta de Instrucción pública

El Maestro interino de Peralta de Alcofea D. Jesús de Porta, en 21 del corriente solicitó autorización de la Junta provincial para ausentarse de la escuela de su cargo con objeto de tomar parte en oposiciones en Zaragoza, habiendo remitido el expediente al señor Inspector para que emita el informe reglamentario.

✱

✱

Don Antonio Charlez solicita de la Subsecretaría dispensa de defecto físico para ejercer el Magiste-

rio público, y se dieron las órdenes oportunas para que se verificasen los reconocimientos reglamentarios.

✱

✱

Don Pedro Condor, vecino de Robres, en 15 del actual recurrió en alzada á esta Junta contra una disposición de la local de primera enseñanza del expresado pueblo que le prohibió dar la enseñanza á niños y adultos; la instancia fué remitida á informe de la Junta local para los efectos reglamentarios.

✱

✱

El Alcalde de Hoz de Jaca participó en 26 del actual que el Maestro interino nombrado para la escuela de dicho pueblo, D. Antonio Castelar, no se había presentado á tomar posesión dentro del plazo reglamentario y se había anunciado nuevamente la vacante.

✱

✱

La Junta Central de Derechos pasivos del Magisterio ha clasificado, con fecha 17 del actual, á don Fidencio Fatás, Maestro de Cervera, con el haber anual de 880 pesetas, que deberá percibir en la Habilitación de esta provincia de Huesca.

✱

✱

El señor Inspector dió cuenta á la Junta provincial de que en 21 del actual había suspendido la visita ordinaria que giraba á las escuelas del partido de Benabarre, con motivo de las fiestas de Semana Santa.

✱

✱

El Rectorado de Barcelona, en 18 del actual, nombró para la escuela de Alboges (Lérida) á don Antonio Peirón, Maestro de Bonansa.

✱

✱

La Delegación de Hacienda, en 22 de Marzo, remitió certificación de existencia en aquella dependencia de la suma de 200 pesetas para pago de atenciones de primera enseñanza anteriores á 1902 para los Maestros de Aniés, y la certificación fué enviada al Habilitado respectivo para el cobro de la cantidad y su distribución.

#### Concurso

Para su inserción en la *Gaceta* se remitió á Madrid, con fecha 26 del actual, la relación de las escuelas que han de proveerse por concurso de ascenso en este Distrito universitario.

#### Junta Central de primera enseñanza

*Acuerdos:* Pasaron á ponencia los siguientes expedientes: el instruído por D. Pablo Pérez Seoane, en solicitud de que se declare que el certificado de aptitud obtenido por los licenciados en Filosofía y Letras se habiliten para oposiciones, tanto á cátedra de las Escuelas Normales como á escuelas públicas; otro acerca de las bases formuladas por la Delegación Regia de primera enseñanza de Madrid para reformas en la enseñanza, y otro en que la Junta provincial de Instrucción pública de Huesca se alza contra el acuerdo de la Central sobre provisión de escuelas interinamente.

Continuó la discusión del proyecto sobre provisión de escuelas interinas, quedando ultimado y solamente pendiente de la aprobación definitiva.



La *Gaceta de Madrid* del día 28 del corriente publica la convocatoria para las oposiciones á escuelas elementales de niñas vacantes en el Distrito universitario, dotadas con el sueldo anual de 825 pesetas. Dice así:

### OPOSICIONES

#### Distrito universitario de Zaragoza.

Convocatoria para las oposiciones á escuelas elementales de niñas, vacantes en este Distrito, dotadas con el sueldo anual de 825 pesetas.

Las señoras opositoras á estas escuelas se servirán concurrir á los quince días, contados desde el siguiente al de su inserción en la *Gaceta de Madrid*, ó á los dieciséis, si el último fuere festivo, á la escuela graduada de niñas, sita en la plaza de la Libertad, de esta capital, á las nueve de la mañana, para dar comienzo á los ejercicios.

El Cuestionario para los dos primeros ejercicios estará á disposición de las aspirantes ocho días antes, de nueve á doce de la mañana, en el Negociado correspondiente de la Secretaría general de esta Universidad; debiendo advertir que, si alguna de las opositoras les faltare en su expediente cualquiera de los documentos reglamentarios, deberá presentarlo antes de comenzar el primer ejercicio, pues de lo contrario quedará excluida de estas oposiciones.

Lo que se hace público en cumplimiento de lo legislado sobre la materia.

Zaragoza, 17 de Marzo de 1910.—El Presidente, José Riu.

En el *Boletín oficial* del Ministerio se han publicado varias resoluciones de recursos de alzada interpuestos por Maestros jubilados á quienes la Junta Central de Derechos pasivos no reconoció como regulador para la clasificación el sueldo de 500 pesetas. Las resoluciones confirman los acuerdos de la Junta Central, fundándose en que los recurrentes no disfrutaron el sueldo de 500 pesetas durante los cinco años que determina el art. 16 de la ley de Presupuestos de 12 de Enero de 1908.

Por Real orden se dispone que se libre en firme á la Junta Central de Derechos pasivos del Magisterio la subvención de 115.000 pesetas consignada á su favor en el Presupuesto vigente.

Por Real orden, fecha 7 del actual, inserta en la *Gaceta* del 12, se define de un modo categórico que las Juntas locales de primera enseñanza tienen, sobre las escuelas graduadas, la misma inspección y atribuciones que sobre todas las demás.

## CRÓNICA GENERAL

### Asamblea

Es probable que á mediados del próximo Abril se celebre una asamblea de Inspectores de primera enseñanza que presidirá el señor Ministro.

En ella han de tratarse las cuestiones más complejas que afectan á la enseñanza primaria, así pública como privada, con arreglo á un amplio cuestionario.

Con la información que por este medio obtenga robustecerá el señor Ministro su criterio, ó lo modificará según lo que resulte.

Por el momento debemos celebrar que la idea fija y arraigadísima del señor Conde de Romano-

nes se esta: que la primera enseñanza debe depender directamente del Poder central y el Maestro público ser funcionario del Estado.

### Almanaque del Maestro

**Abril.**—Son vacaciones los domingos 3, 10, 17 y 24 y el día 4, lunes, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, trasladada á este día por la celebración de la Semana Santa.

En este mes suele terminarse el plazo para solicitar en el concurso de ascenso. Los Rectores deben comenzar en seguida la formación de propuestas, que se publicarán en la *Gaceta*.

Los aspirantes tienen veinte días para reclamar contra las propuestas si no estuvieran formadas con sujeción al reglamento.

### De oposiciones

Han terminado los ejercicios de oposición á escuelas superiores, habiendo obtenido plaza los tres únicos opositores, D. José Les, D. Patricio Bozalongo y D. Miguel Gil, todos para las de Soria.

En la presente semana se verificará la votación y adjudicación de plazas de las superiores de niñas, pues están verificando ya el ejercicio de labores.

Los ejercicios para las oposiciones á escuelas elementales de niños darán comienzo el próximo sábado, á las nueve de la mañana, en el Hospicio provincial.

El cuestionario se ha puesto á la venta en la librería de Andrés Uriarte, Pilar, 1, Zaragoza.

Se espera de un momento á otro que la *Gaceta de Madrid* publique la convocatoria para las elementales de niñas.

## Crónica Provincial

### Pagos

Con la mensualidad de Marzo se va á pagar á los señores Maestros el primer semestre del material de adultos.

Lo comunicamos á nuestros abonados para su satisfacción.

## CORRESPONDENCIA

A. M. S.—Remitimos á su debido tiempo los documentos.

R. A. B.—Quedó hecha su suscripción por un año.

J. P. E.—Vea usted el número de EL RAMO último y se convencerá.

T. B. R.—Recibido el importe de su suscripción. Gracias.

M. S. C.—Los Escalafones se rectifican; vea usted lo que advertimos en el presente número.

S. M. A.—Quedó suscripto su señor hermano; enviaremos el periódico á donde usted indica.

R. P. E.—En el número 11 de EL RAMO publicamos íntegra la Real orden dando reglas para la formación del Escalafón.

J. A. P.—Quedó usted suscrita y remitiremos el periódico á su nuevo domicilio.

Tipografía de Leandro Pérez.—Huesca.